

EN HONDURAS SE QUIERE A MEXICO

Sostengo que, de Centroamérica, Honduras es la nación en que más quieren a México. Los hondureños tienen muchos puntos de semejanza con los mexicanos. Díganlo si no algunos de los que pasaron por aquí: Matías Oviedo, Alfonso Guillén Zelaya, Rafael Heliodoro Valle y el tribuno revolucionario Ricardo D. Alduyín.

Los mayas llegaron hasta Honduras: allá están las ruinas de Santa Rosa de Copán.

La tierra de Francisco Morazán es afín a la nuestra. De allá nos vino José Cecilio del Valle, sabio eminente y defensor decidido de las libertades americanas, en los días en que comenzaba a forjarse nuestra nacionalidad. Como a héroes hondureños veneran allá a Hidalgo, a Morelos y a Juárez. Ser mexicano en Honduras es el mejor título y el galardón más digno de mostrarse en aquella tierra hermana, que tiene tantos puntos de contacto con la nuestra.

Conocí a Honduras hace muchos años, cuando estuve en Centroamérica formando parte de la primera delegación comercial mexicana que visitó los países del Istmo. La he visto también en tres o cuatro viajes posteriores; pero no olvido mi entrada marina por el Golfo de Fonseca. Fuimos en lancha de motor desde la bahía salvadoreña de la Unión y tocamos el pintoresco puerto de Amapala, de la isla del Tigre. Entramos por los esteros de la costa hondureña, una noche en que los peces lanzaban sus fosforencias multicolores para alumbrar la ruta de agua. La gasolinera tenía que entrar entre los manglares y sólo porque la conducía un experto de los esteros no perdimos el camino para llegar a San Lorenzo. El atracadero era primitivo y los recursos de la aldea costera sólo permitían ofrecer un remedio de hotel. Pero la comida era buena y mejor todavía la conversación de mamá *Lenchá*, quien nos sirvió sabrosas tortillas de maíz y un café negro de olla que caía bien.

A la mañana siguiente emprendimos el viaje en automóvil, por la carretera del sur, recién inaugurada. Cruzamos pueblos de nombres raros, como Pespire y Nacaome, oímos hablar de Choluteca y nos detuvimos a almorzar en un paraje llamado el Sauce, donde había un balneario rudimentario. Casi al llegar a Tegucigalpa, cruzamos por Toncontin y la quinta Germania, propiedad de una señora doña Rosa. Atravesamos Comayagüela, el puente sobre el río Grande y entramos en la capital de Honduras. Por su configuración geográfica, y como se asienta en la falda de las montañas, Tegucigalpa parece ser un mineral de los nuestros, es decir, una ciudad dedicada a la minería, como Zacatecas y Guanajuato, o con mayor parecido, como Pachuca.

*
* *

La segunda vez que estuve en Honduras fue para permanecer allá durante un año, con la representación diplomática de México. Me tocó entonces ser testigo de los trabajos realizados para lograr la unión de tres repúblicas centroamericanas: El Salvador, Guatemala y Honduras. La sede del Congreso Constituyente de aquella república mayor fue Tegucigalpa, donde comenzó a funcionar un Consejo Federal, presidido por don Vicente Martínez, delegado de Guatemala, y duró muy poco tiempo. Era difícil que se sostuviera, pues carecía de un ejército para imponer sus decisiones y el espíritu de unión no había arraigado suficientemente entre los guatemaltecos y los salvadoreños. Los únicos unionistas sinceros eran los de Honduras, que conservaban la tradición del más grande de sus héroes: Francisco Morazán.

La gente de Honduras es buena, noble, campechana e inspira simpatía. Es, además, inteligente y culta. En su historia han tenido generales valientes, hombres de empresa y de empuje e intelectuales de nota. El más notable de sus poetas, Juan Ramón Molina, fue contemporáneo y amigo de Rubén Darío. Dejó muchos poemas inspirados en las bellezas de su patria y un soneto que se recita en todas las naciones de habla española: *Péscame una sirena, pescador sin fortuna*. Durante algún tiempo traté a un escritor hondureño muy conocido: Froylán Turcios. Era un hombre entrado en edad, un poco áspero y solterón. Todo lo escribía con tinta morada. Sus trozos literarios se reproducían mucho en los periódicos mexicanos. Conocí también a Luis Andrés Zúñiga, un poeta que produjo valiosa

colección de fábulas en prosa; y traté un poco al gran periodista Paulino Valladares, respetado y temido en la América Central.

De Tegucigalpa recuerdo su Parque Morazán, que tiene una estatua ecuestre del héroe nacional y un arbusto de sombra acogedora llamado Napoleón. Enfrente estaban el Casino Internacional y la casa comercial de don Santos Soto. Había un hotel Agurcia y después apareció el hotel Palacio. Conocí mucho la cervecería, donde íbamos las noches de los sábados, con el padre Hombach, a jugar boliche alemán. Estuve en la inauguración de la moderna Casa Presidencial, que está sobre la margen izquierda del río Grande. Fui amigo de don Policarpo Bonilla, de don Juan Angel Arias —cultivador de tabaco en Santa Rosa de Copán—; del general Rafael López Gutiérrez —mi compadre—; y de otros personajes de la época: don Rómulo Durón, el señor Uclés, rector de la Universidad; Mejía Colindres, Ernesto Argueta, Antonio Lardizábal, José Angel Zúñiga Huete, Ignacio Agurcia, los hermanos Callejas, Saturnino Medad, Salvador Corleto, don Juan Letz, Samuel Laynez, y muchos amigos más que dejé allá, en Honduras, que se han ido perdiendo para el mundo y en mi memoria.

*
* * *

No me cansaré de repetir que el mexicano tiene la sensación de volver a su casa, cuando llega a Honduras. ¡Qué manera de parecerse a nosotros! ¡Qué ambiente tan acogedor y cuánta sinceridad en los actos y en las palabras de los hondureños! Allá hizo grandes negocios y se volvió millonario en dólares un mexicano que fue de Nuevo León: don Manuel M. García. Este señor, rico ya y con hijos grandes, vino a radicarse a su pueblo: Sabinas Hidalgo, al que donó varias escuelas y un molino harinero. Pretendió, además, construir una presa para su pueblo; pero no le aceptaron el proyecto. Como sintiera la nostalgia de Honduras —su segunda patria—, para allá se volvió con su familia, y falleció en San Pedro Sula, cerca de las propiedades rurales que levantó con su trabajo.

Es larga y digna de conocer la lista de hondureños distinguidos que han vivido en México y amaron a nuestro país como al suyo. Vamos a recordar unos cuantos nombres representativos: Ricardo D. Alduvín, médico mexicano, que fue líder, secretario y el mejor orador del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, en 1910, Ra-

fael Heliodoro Valle, de larga y brillante trayectoria en el periodismo mexicano. Matías Oviedo, luchador de la época maderista y redactor de *Nueva Era*. Los poetas Alfonso Guillén Celaya y Martín Paz Soto. Martín Paz fue miembro activo del Bloque de Obreros Intelectuales y dejó en diarios y revistas una vasta producción literaria. Los ingenieros Celaya, Membreño y Pineda, este último distinguido mucho como caminero, especialmente en la construcción de las supercarreteras de Cuernavaca y de Puebla. Y entre otros hondureños que vinieron a estudiar a México, cuando el presidente Obregón donó doce becas a cada uno de los países de Centroamérica, destacó José Angel Ulloa, de Comayagua. Ulloa es abogado, especializado en derecho industrial y cuestiones económicas. Posee una vasta cultura y en la actualidad sirve con acierto en el Cuerpo Diplomático de su patria: es el embajador en México. Ulloa ha figurado en las luchas políticas de su tierra y como amante de la libertad sufrió una larga e injusta condena durante una de las últimas dictaduras padecidas por Honduras. Su fortaleza física se impuso a pesar de todo y José Angel conserva facultades para seguir prestando valiosos servicios a su patria.

*
* *

Además de buenas personas, ¿qué otra cosa produce Honduras? Desde luego plátanos o bananos, cuyos derechos de exportación son básicos para el presupuesto nacional; minerales y maderas preciosas; caña para fabricar azúcar y una especie de ron que llaman guaro; tabacos, en la región de Copán; café, en los límites con Nicaragua; y otros varios productos del trópico, en menor escala. Su carretera a la costa norte está bien pavimentada y por ella o por ferrocarril se llega a los tres puertos del Caribe: La Ceiba, Tela y Puerto Cortés. Hay una zona ganadera importante en el norte y otra en el Departamento de Olancho, que tiene por capital a Intibucá. Honduras tiene buenas escuelas primarias, una prestigiada Universidad y el gobierno actual atiende, con la mayor eficacia posible, los servicios de prevención y previsión social, realizando una meritaria labor de asistencia, que tiene como mira principal velar por la niñez.